

Capítulo 1

Escocia, 1375

Un brindis por la novia que algún día unirá en su vientre a los MacFarlane y los MacCordy.

La susodicha novia, Ailis MacFarlane, entrecerró sus ojos castaño oscuro contemplando a los hombres sentados a la mesa principal de la sala grande de Leargan. Con los labios apretados por una creciente furia, tuvo que relajar la mandíbula para poder hacer pasar por entre los dientes un trago de vino de una ornamentada copa. Tenía blancos como el hueso los nudillos de sus largos y delgados dedos, pero no pudo relajar la mano al dejar la copa en la mesa cubierta por un tapiz. Por debajo de la mesa golpeó el suelo con sus pequeñas botas; necesitaba dar salida a su furia. Ninguno de los hombres que tan jovialmente brindaban y hacían planes le prestaba la menor atención, ni a ella ni a su furia.

¿Le prestarían una cierta atención si se levantaba y manifestaba su rabia con un buen grito? Probablemente no, concluyó. Rara vez se fijaban en ella ni en su humor. Dirigió una dura mirada a Donald MacCordy.

La causa de esa celebración cada vez más alborotada era su compromiso con Donald MacCordy, el hijo mayor y heredero del señor de Craigandubh. El matrimonio reforzaría la alianza entre los dos clanes. Las dos familias estarían hombro con hombro contra sus enemigos, los cuales iban en aumento.

Durante años los MacFarlane habían tenido una conexión de tanteo con los MacCordy, y de cuando en cuando acudían a ayudarse mutuamente. El matrimonio reforzaría mucho más esa conexión, que sería un legado común a los hijos por venir. Hijos todavía no concebidos a pesar de los enérgicos intentos de Donald siempre que se le presentaba la ocasión de encontrarla sola, pensó furiosa.

Esos días pasados se había esforzado al máximo en evitar al hombre con el que pronto se casaría. Estaba resuelta a retrasar el fatídico día en que el lascivo Donald la haría mujer, aunque él estuviera impaciente por precipitarlo. Sus frías manos eran demasiado rápidas y empalagosas. Sus labios gordos le recordaban terriblemente a las sanguijuelas que tanto valoraban los médicos. Y mientras los hombres levantaban sus copas en otro brindis más por las próximas nupcias, ella levantó su copa deseando que contuviera veneno. Pero le gustaba muchísimo la vida, aunque significara sufrir la atadura con Donald MacCordy.

A sus veinte años sabía que estaba más que preparada para casarse. Su tío y tutor no tenía hijos y, puesto que era la única hija que quedaba viva del hermano de él, podría heredar la pequeña aunque próspera propiedad Leargan. Existía una muy pequeña posibilidad de que la reciente segunda esposa de su tío, Una, que era joven, hermosa y algo simplona, le diera un hijo, aunque esa pequeña posibilidad se iba desvaneciendo más con cada día de sufrimiento de la pobre mujer a manos de su tío Colin MacFarlane. Para los MacCordy la ambición de poseer Leargan iba pareja con el reforzamiento de la alianza como motivación para aceptarla a ella como esposa de su futuro señor.

De repente se tensó. Cayó en la cuenta de que en las conversaciones sobre el matrimonio, disposiciones para su mantenimiento, dotes y el futuro de sus clanes no se mencionaba para nada a sus sobrinos y sobrina. Desde la muerte de su hermana Mairi dos años atrás, ella había cuidado de los tres hijos concebidos durante un romance de seis años con un hombre apasionado pero desconocido

para todos. Rath y Manus, los gemelos de siete años, y Sibeal, la hermanita de cinco, eran la única causa de felicidad en su vida. Comenzó a temer que no le permitieran llevarse a los niños con ella. Decidió que era hora de saberlo de cierto.

—¿Tío? ¿Y los críos de mi hermana? —preguntó.

—Los críos se han tomado en cuenta —contestó Colin MacFarlane, en tono frío y tranquilo.

Ailis no se fío de la tranquilidad de esa respuesta, tranquilidad que vio reflejada en la sonrisa de Donald.

—Supongo que no ocasionarán grandes gastos —dijo—. Sólo deseo que continúen a mi cuidado como deseaba mi hermana, y yo le prometí que así sería.

—Conocemos muy bien esa promesa, muchacha. No te preocupes.

Diciendo eso su tío se desentendió de ella y volvió la atención a su bebida. Ailis maldijo en silencio. Pasados unos minutos salió de la sala para retirarse a sus aposentos. Quedarse a participar en esa fiesta de compromiso sería como bailar en su propio funeral. Estaba atrapada y todos lo sabían, así como todos sabían que preferiría casarse con uno de los jinetes del diablo antes que con Donald MacCordy.

—Y ahora que lo pienso, probablemente Donald «es» uno de los jinetes del diablo —gruñó, deteniéndose ante la puerta de la pequeña y húmeda habitación que a regañadientes les daban a los hijos de su difunta hermana.

Esa pésima habitación la había ofrecido de mala gana su tío. Colin MacFarlane llamaba a los niños el Trío Bastardo. En muchas ocasiones a ella le resultaba difícil no tratar con violencia a su tío, porque su actitud hería a los niños. Ya habían sufrido bastante. En lugar de ser bien acogidos y consolados en Leargan, los niños estaban apiñados en una habitación pequeña y llena de corrientes de aire por orden de un hombre frío e insensible. Ella no podía hacer nada. Ni siquiera podía ponerlos en sus aposentos, que eran más cómodos. Las veces que lo había intentado su tío los había obligado a mudarse,

alegando que esos eran sus aposentos nupciales y que a su marido no le gustaría que estuviera atiborrado de bastardos. Al final tuvo que tragarse la furia, porque había llegado a comprender que sus protestas y enfrentamientos herían más a los niños que si sencillamente dejaba las cosas como estaban.

Cuando entró silenciosamente en la habitación de los niños les miró atentamente los rasgos buscando alguna pista que le dijera quién los había engendrado. Nadie había logrado impedir a la enamorada Mairi encontrarse con su amante, y después de la muerte de su padre nadie lo había intentado en realidad; los gemelos ya habían nacido, por lo que a Mairi se la consideró incasable. Sólo una vez ella se rebajó a seguirla, pero lo único que consiguió fue extraviarse. Todos sus intentos de conseguir que Mairi le dijera el nombre del hombre también fracasaron pese a la estrecha relación que las unía.

Aunque echaba terriblemente de menos a su hermana, muchas veces pensaba que era mejor que hubiera muerto antes que muriera su madre, y antes del desastre de que su tío se convirtiera en su tutor. La deshonra que Mairi había causado a la familia y la furia que provocó en su muy orgulloso tío no habría sido templada por el cariño de un progenitor. Colin MacFarlane le habría hecho muy desgraciada la vida a la enamorada y pecadora Mairi. Ella dudaba de que pudiera haber protegido de la crueldad de Colin a su sensible hermana más de lo que podía proteger a los niños.

Los tres la miraban sonrientes, y aunque ella les correspondió la sonrisa, su atención estaba centrada en los gemelos. Estaba segura de que en ellos se encontraban las mejores pistas para descifrar la identidad de su padre. Eran niños hermosos, de preciosos ojos azules y lustroso pelo negro. El pelo era como el de ella y como el de Mairi, pero los ojos y las caras delgadas decididamente parecían ser del padre desconocido. La pequeña Sibeal tenía el pelo de color bermejo. ¿Otra pista? Sus grandes ojos castaños y su pequeña cara ovalada era como la de ella y la de su hermana. Lo que la fastidiaba es que de todos los hombres que le venían a la mente que tenían rasgos semejantes, nin-

guno era amigo de los MacFarlane, y los de un clan, el de los MacDubh, eran sus más reñidos enemigos, porque su tío les había robado Leargan. Reprimió un mal gesto al pensar nuevamente que si ya había estado mal que su hermana tuviera un romance con un hombre casado, no quería ni, pensar en que hubiera sido con uno de sus más mortales enemigos además. Se obligó a dejar de lado el escalofriante pensamiento y se inclinó a besar a cada uno de los niños.

—¿Te vas a casar con Donald MacCordy, entonces? —le preguntó Manus mientras ella le remetía las mantas.

—Sí, no puedo hacer nada para cambiar ese horrible destino, muchachito.

—¿Estás segura?

—Muy segura. Lo he pensado mucho y durante mucho tiempo, y no hay nada que pueda hacer.

—No me gusta ese hombre, Ailis —susurró Sibeal—. Sé que no nos quiere.

Ailis intentó no darle mucha importancia a las solemnes palabras de la pequeña.

—Ningún hombre se puede sentir a gusto con los hijos de otro hombre, cariño. Eso es todo.

Vio que los niños se fiaban tanto de sus tranquilizadoras palabras como ella misma.

Media hora después, cuando finalmente se fue a acostar, se encontró con que el sueño la esquivaba de forma muy molesta. Sibeal tenía razón, Donald no toleraría a los niños. En realidad, comenzaba a temer que los odiara profundamente. Él había estado comprometido con Mairi cuando ese romance ilícito se hizo de conocimiento público, pero ella no creía que eso fuera todo. Comenzaba a sospechar que Donald sabía quién fue el amante de Mairi, lo sabía y odiaba a los niños por eso. Por desgracia, creía, no le sería fácil obtener esa información de él.

Se tensó cuando un ruido la sacó bruscamente de sus pensamientos. Sólo le llevó un segundo darse cuenta de que el sonido era el de

su puerta al abrirse sigilosamente. Metió la mano debajo de la almohada para sacar su daga, arma de la que jamás se separaba. Cuando finalmente la oscura figura llegó a la cama y se inclinó sobre ella, atacó, enterrando el arma en la carne del hombre y retirándola con la misma rapidez, al tiempo que se bajaba de un salto de la cama. El aullido de dolor que lanzó él hizo entrar a varias personas en la habitación, cada una con una vela en alto. Cuando la luz de las velas iluminó la estancia, no la sorprendió ver que el frustrado violador era Donald. Este estaba en el suelo sujetándose el brazo herido y haciendo una gran cantidad de ruido. Observó despectiva cuando su padre, su hermano y su primo corrieron a auxiliarlo.

—¿Qué diablos pretendes, so tonta? —gritó Colin MacFarlane—. Acabas de apuñalar al hombre con el que te vas a casar. —Se abalanzó a golpearla, pero ella estaba acostumbrada a su brutalidad y eludió fácilmente el golpe, devolviéndole su fiera mirada, agarrada al poste de la cama—. Podrías haberlo matado.

—Lo he tratado como trataría a cualquier hombre que viene cauteloso a mi cama en la oscuridad de la noche —ladró ella—. No tiene ningún derecho a estar aquí.

—Sólo estaba un poco impaciente, muchacha —gruñó el laird de Craigandubh—. No había ninguna necesidad de que casi le cortaras el brazo.

—Exageras. Eso es sólo una herida en la carne, aun cuando él chille como un toro capado. Y si no tenía la intención de hacer daño, debería haber traído una luz. Sí, y hablado, en lugar de arrastrarse sigiloso como un ladrón.

A Ailis la fastidió que los hombres intentaran rebatir la verdad de sus palabras. Cuando se acabaron los gritos y se quedó nuevamente sola en su habitación, estaba agotada. Puso su daga debajo de la almohada, agradeciendo que su enfurecido tío hubiera olvidado descuidadamente confiscársela. Seguiría necesitándola para desalentar las indeseadas atenciones de Donald. Exhalando un suspiro, acompañado de una maldición dirigida a Donald MacCordy, se

metió bajo las mantas y se acurrucó bien, decidida a no permitir que sus problemas y tribulaciones le impidieran dormir.

—Grandísimo idiota —ladró Duncan MacCordy, el corpulento laird de Craigandubh, cuando ya estaban en sus aposentos y comenzaba a vendarle la herida a su heredero—. La muchacha podría haberte matado. Tiene razón al atacar a cualquier hombre que entre sigiloso en su habitación sin decir una palabra. ¿Es que pretendes estropear todos nuestros planes con tu lujuria?

—¿Cómo iba a saber que esa bruja duerme con un puñal a mano? —Donald miró furioso a su apuesto primo Malcolm, que se estaba riendo en voz baja—. Lo va a pagar caro cuando llegue nuestra noche de bodas. La cabalgaré fuerte y largo, tal como debería haber cabalgado a la puta de su hermana.

—Sí, Mairi era una puta, pero nos dio un maldito buen intrumento para chantajear y vengarnos —dijo Duncan. Se frotó las toscas manos, esperanzado—. Y pronto Ailis nos lo dará para hacer con él lo que nos plazca.

William, el poco atractivo hijo menor del señor, frunció el ceño y se pasó la mano por el chato mentón.

—¿Estás seguro de que Colin MacFarlane no sabe quién engendró a los críos?

—Sí, muy seguro —contestó Duncan. Movi6 la cabeza y con el movimiento se le agitó el lacio y largo pelo canoso—. Y al viejo tonto ni siquiera le interesa saberlo. Lo único que ve y le preocupa es la vergüenza, la mancha sobre el apellido MacFarlane. Lo que debemos esperar es que Barra MacDubh sepa quiénes son los bastarditos.

—Lo sabe —gruñó Donald—. El canalla sabe muy bien que llen6 dos veces el vientre de Mairi MacFarlane. La puta de su mujer, Agnes, me lo dijo antes de morir. Durante dos largos años he deseado vengarme de ese hijo de puta. Pronto, muy pronto, tendré mi venganza.

Duncan miró ceñudo a su hijo.

—Los críos hemos de usarlos para ganarnos la tierra de MacDubh, y para nada más. Recuerda eso, Donald. No vas a usarlos para aliviar tu pobre vanidad herida. Será mejor que tengas presente que los críos llevan también la sangre MacFarlane. Tu novia es su tía.

—En su corazón es más que eso —comentó Malcolm, atrayendo la atención hacia él—. Es un lazo muy fuerte el que la une a ellos, y tú, Donald, harías bien en comenzar a ver eso claramente. Si deseas tener las menores aflicciones posibles, será mejor que vayas con pies de plomo en todo lo que respecta a esos críos.

—La bruja será mi mujer, y hará lo que yo le diga, o lo lamentará terriblemente —gruñó Donald—. No me combatirá mucho tiempo más. Lo juro.

Malcolm exhaló un suspiro, pero no dijo nada más. Sin embargo, nuevamente deseó tener los medios para librarse de sus primos o estar al servicio de otro hombre. Tenía muy poco en común con sus parientes.

De todos modos estaba atado a esos hombres, rudos, bastos y sin perspicacia. A diferencia de ellos, él veía el acero exquisitamente pulido que mantenía derecha la hermosa espalda de Ailis MacFarlane. También veía que ella les tenía tanto cariño a esos críos que los cuidaba como si los hubiera parido. No le cabía la menor duda de que si ella consideraba que esos niños estaban en peligro, sabría ser tan letal como una loba al proteger a sus cachorros. Pero estaba claro que Donald no aceptaría ningún consejo en el asunto. Sospechaba que esa ceguera finalmente les causaría enormes problemas.

—Sí —masculló Donald—, Ailis aprenderá, y me imagino que se afligirá poco por esos bastardos cuando se entere de quién es su padre.

—Si Barra MacDubh es realmente su padre, ¿por qué no los ha reclamado? —preguntó Malcolm.

—No quiere que sus parientes sepan quién era su amante, pues Mairi no quería que nadie lo supiera —contestó Duncan.

—Entonces roguemos que continúe manteniendo el secreto, porque sé que su hermano Alexander no es un hombre que se quede sentado esperando para actuar —dijo Malcolm en tono burlón.

Y entonces suspiró, pues prácticamente nadie le hizo caso.

Alexander se esforzaba bravamente en contener un estallido de su creciente ira. Pero su hermano menor, Barra, no se daba cuenta de sus esfuerzos y continuaba alegremente aumentándole la furia. La comida de la noche se estaba convirtiendo en un suplicio, y el silencio en la sala grande le decía que los demás hombres suponían que las cosas iban a empeorar. Los pajes y la ocasional criada que entraban a servir caminaban sigilosos por entre los hombres, con el nerviosismo de las personas que esperan un ataque.

Pero Barra estaba borracho otra vez. Cuando su regañona mujer aún estaba viva, él le tenía cierta compasión, creyendo que su hermano buscaba la paz en el vino. Pero ya habían transcurrido dos años desde la muerte de Agnes, y había continuado emborrachándose constantemente desde el día de su muerte.

Eso en sí ya era causa de extraordinaria molestia para él; sencillamente no podía creer que el duelo por la mujer lo impulsara a atiborrarse de cerveza; su pena ya debería haberse atenuado. Más inquietante aún era que esa noche fuera el aniversario de la muerte de Agnes, y que estuviera claramente peor que la mayoría de las noches. Tendrían que llevarlo en brazos a la cama. Si Agnes hubiera sido una esposa decente, honesta, él habría encontrado en su corazón cierta compasión por su hermano, pero en su opinión la única bebida que debería beberse por esa mujer sería en un clamoroso brindis por su ausencia. Agnes era una muchacha cruel y antipática que disfrutaba haciendo desgraciadas a todas las personas que estuvieran a su alcance, hombres, mujeres y niños.

Un mal gesto le torció la boca al reconocer que aun en el caso de que Agnes hubiera sido una santa angelical a él le habría resultado

difícil sentir pena por su prematura muerte. Incluso las mujeres cuyos cuerpos usaba recibían de él poco más que unos cuantos gruñidos y una o dos monedas. Encontraba difícil creer que en otro tiempo hubiera sido tan lisonjero y galante. Lo maravillaba su ingenuidad. Sin lugar a dudas las mujeres con que había sido maldecida su familia los diez o doce últimos años lo habían curado de su afable inocencia con tanta eficacia como habían diezmado la fortuna de su clan. Barra era simplemente otro hombre bueno que había quedado atrapado entre los muslos de una mujer y despojado de todo sentido común y fuerza. Si Agnes continuara viva, estaba seguro de que él mismo la mataría.

Sin poder contenerse más tiempo, se levantó de un salto, le arrebató la jarra a su hermano y la arrojó al otro extremo de la sala grande de Rathmor.

—Ya has bebido bastante —dijo, mirándolo fijamente, con su alto y fornido cuerpo tenso de rabia.

Barra cogió tranquilamente la jarra del hombre que estaba sentado a su lado, la llenó y bebió un trago.

—Nunca tengo bastante.

Alexander se pasó los dedos por sus abundantes cabellos dorados, perturbado por su incapacidad de comprender a su hermano.

—Maldito seas —gruñó—. ¿Cómo puedes revolcarte en la bebida durante dos largos años a causa de Agnes que no era otra cosa que una cerda puta?

Barra pestañeó y lo miró extrañado.

—¿Agnes? ¿Crees que esto es por Agnes?

De repente se echó a reír y Alexander sintió que se le helaba la sangre. Esa no era la risa franca, contagiosa, tan típica de Barra en tiempos más felices. Detectó en ella una nota aguda que lo hizo temer por su estado mental. Aumentó su miedo al ver la expresión tormentosa de los ojos enrojecidos de Barra, ojos de un azul menos intenso que los de él. Se sabía que la bebida había estropeado la mente de más de un hombre, pensó, y, soltando una grosera pala-

brotó, le dio una fuerte bofetada; siendo Barra más delgado, el golpe lo hizo caer del banco en que estaba sentado.

Observando a su hermano levantarse del suelo cubierto de esteras y volver a sentarse, Alexander apretó y relajó las manos, combatiendo el deseo de golpearlo hasta devolverle la sobriedad y la cordura. No ver en él ninguna señal de rabia sólo le aumentó la furia.

—No estoy loco, Alex —dijo Barra—. Aunque muchas veces he deseado estarlo. La locura podría liberarme de mi infierno por fin.

—Yo habría pensado que te liberaste cuando la puta de tu mujer exhaló su último suspiro. Ella hacía de tu vida un infierno.

—Ah, sí que lo hacía, y se encargó de que su muerte no pusiera fin a mi purgatorio. Antes de morir, Agnes me arrebató lo único que daba valor a mi vida. —Emitió una ronca risa—. Aunque no dudo de que tú se lo agradecerías.

—No le agradecería nada a Agnes, salvo tal vez que se haya muerto.

—Sí, se lo agradecerías. ¿Sabes por qué, cuando estaba tan cerca de morir de esa fiebre, salió de Rathmor, cogiendo el enfriamiento que la mató tan rápido?

Alexander comenzó a sentirse desagradablemente tenso.

—No.

—Bueno, sin duda esto te levantará ese ánimo negro. Agnes fue a la cabaña de un arrendatario situada en el extremo más occidental de nuestras tierras y asesinó a la única persona que me hacía feliz, la única que podía darme felicidad en mi vida. Le cortó el hermoso cuello a Mairi MacFarlane.

Alexander lo cogió por los hombros; una terrible sospecha se había insinuado en su cabeza, haciendo dolorosa su presión en los hombros de su hermano.

—¿Y por qué habría de importarte que Agnes matara a una MacFarlane?

—¿Por qué? Porque Mairi MacFarlane y yo éramos amantes

desde hacía seis años. — A duras penas logró no caer al suelo cuando Alexander lo empujó, alejándolo de él como si de repente hubiera contraído la peste—. Mairi sólo tenía quince años y yo casi veinte, recién casado con la cara y cruel Agnes, la muchacha que tú creías que traería herederos a Rathmor. Por la sangre de Dios, seis meses casado y ya estaba en el purgatorio.

—¿Y por lo tanto fuiste y te acostaste con la sobrina del hombre que mató a nuestro padre? —siseó Alex.

—Sí, acostarme con ella y «amarla» es exactamente lo que hice.

—¡No!

—¡Sí! Mairi era el aire, el aliento que necesitaba para vivir, el alimento que le impedía morir a mi alma, como había muerto la tuya. Agnes no podía soportarlo. Yo no podía hablar contigo, conociendo tu odio por los MacFarlane. —Suspiró, y su expresión y el tono de su voz se volvieron sensibleros—. Agnes me arrebató a mi Mairi. Y a mis críos, mis hijos y mi bonita muchachita.

El color abandonó la cara de Alexander cuando las últimas palabras de Barra penetraron su mente, quemándolo.

—¿Tenías críos? ¿Agnes los mató?

Escupió las palabras por entre los dientes apretados.

Barra negó con la cabeza, azorado.

—No, no los mató, aunque lo que ocurrió equivale a lo mismo. No los puedo ver, ni siquiera logro saber cómo están de salud y de espíritu.

Alexander le arreó una fuerte sacudida. Se le estaba agotando el control de su genio.

—Deja de berrear como una muchacha y háblame de tus hijos. ¡Dímelo todo!

—Tuvimos gemelos. Les pusimos Rath y Manus; ya tendrán siete años. —Sorbió por la nariz, intentando detener las lágrimas y ordenar los pensamientos—. Después nació Sibeal; debe de tener cinco años la muchachita. Yo mismo la traje al mundo, la ayudé a inspirar vida con mis propias manos. Mi pequeña hijita con los her-

mosos ojos de Mairi. Los he perdido a los cuatro. Así que ahora sabes por qué bebo. Agnes no sólo asesinó a mi amor ese negro día, sino que también se aseguró de que yo no volviera a ver a mis hijos nunca más. —Movi6 la cabeza y bebi6 un largo trago—. SÍ, es como si ellos también hubieran muerto —añadi6 en un susurro.

Una punzada del dolor se sum6 a la rabia de Alexander.

—¿Tuviste críos, hijos, maldita sea, y no me dijiste nada?

—No, creí que no querías saberlo —contest6 Barra, y añadi6 en tono quejumbroso—: Son bastardos y por sus venas corre la pestilente sangre MacFarlane.

—Y la sangre MacDubh —ladr6 Alexander.

Varios de los hombres sentados a la mesa principal manifestaron su acuerdo con gruñidos.

—Mi Sibeal tiene el pelo como el mío —suspir6 Barra—. Los muchachitos tienen mis ojos. La verdad, el azul de sus ojos es más intenso que el azul con que fuiste bendecido tú. Lágrimas de Dios, es como si me hubieran arrancado el corazón.

Alexander apret6 fuertemente los dientes, tratando de controlar la rabia. Los borrachos sensibleros siempre lo enfurecían, pero en ese momento comprendía mejor a Barra, de una nueva manera. Su opinión sobre el amor y la pésima elección de la amante por parte de su hermano ya no tenían importancia. El hombre había perdido a sus hijos y llevaba dos largos y negros años sin verlos ni saber de ellos. Sabía muy bien cómo destroza a un hombre una pérdida así, pero se trag6 su dolor todavía crudo, porque debía mostrarse resuelto. Comprendió que su propia pérdida intensificaba su feroz necesidad de recuperar a los hijos de Barra. Cualquier hijo MacDubh pertenecía a Rathmor. Se inclin6 hacia su hermano.

—¿D6nde crees que est6n ahora tus críos, Barra? —le pregunt6 en tono suave y tranquilo, observ6ndolo con los ojos entornados.

Esa pregunta engañosamente dulce pareci6 despertarlo, sac6ndolo de su ensimismado sufrimiento. Pase6 la mirada por la mesa, y agrand6 los ojos al encontrarse con otras de compasi6n y de acusa-

ción. Cuando finalmente su mirada volvió a Alexander, tragó saliva, nervioso. Se le había disipado un poco la niebla de la borrachera en que se refugiaba y comprendió qué era lo que hacía brillar de ira los ojos de Alexander.

—En Leargan —contestó, encogiéndose ligeramente, esperando la reacción de su hermano.

—Sí, en Leargan, criados por el hombre que asesinó a nuestro padre y nos robó la propiedad. Los herederos de las migajas de riqueza que aún tenemos están en las manos del que siempre ha deseado robarnos incluso eso.

Emitiendo una exclamación incoherente, Barra se levantó y salió corriendo de la sala grande. Exhalando un suspiro, Alexander se dejó caer en su pesado sillón de roble y apoyó la cabeza en sus callosas manos.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó su primo Angus—. Supongo que no pretenderás dejar a los críos en las manos manchadas de sangre de Colin MacFarlane, ¿verdad?

—No —contestó Alexander—. No, no permitiré que los críe ese hijo de puta. Me agravia terriblemente que por sus venas corra sangre MacFarlane, pero son hijos de Barra. Son MacDubh. Los traeremos aquí y se criarán como MacDubh. Quiera Dios que todavía no haya entrado en sus corazones el veneno de los MacFarlane. No le digas nada a Barra, porque ahora no nos sirve como guerrero, pero mañana a primera hora cabalgaremos hasta Leargan.